
Siempre con el corazón en lo que hagamos

Muchos relatos de esperanza estamos viendo, sí, en esta situación que vivimos y padecemos. Respondiendo a la invitación de M. Rosario, voy a compartir alguno que pueda servirnos para no perder esta esperanza ni la confianza en el Señor, que mantiene “*sin quebrar la caña cascada y sin apagar la llama vacilante*”, aún en momentos en que el viento sopla tan fuerte que amenaza con hacerlo.

Este relato lo he vivido y estoy viviendo muy de cerca, desde mi pertenencia al ECO (Equipo de Coordinación Operativa) de la Mesa por la Hospitalidad. Comienza en el momento en que se declara el estado de emergencia, que rompe la dinámica de funcionamiento habitual consistente en acoger y acompañar a inmigrantes, solicitantes de asilo y refugio en situación de calle, en espacios ofrecidos por parroquias y otras entidades eclesiales, **durante la noche** a partir de la cena hasta después del desayuno del día siguiente, **por un tiempo limitado**. Lógicamente, el confinamiento decretado acababa con esta dinámica y nos encontramos con un serio problema: cómo proceder en adelante, qué hacer con las personas acogidas en los distintos espacios en vigor -en esos momentos eran tres- en los que habrían de permanecer **día y noche y sin saber hasta cuándo**, con el agravante de que alguien tuviese que permanecer en cuarentena por contagio o riesgo, como ha sucedido. Pero, una vez más, hemos constatado que, si le dejamos, el Señor actúa siempre. Y lo descubrimos en todas las personas implicadas que, con generosidad incondicional se ofrecieron **indefinidamente**.



En uno de estos espacios, el panorama se presentaba especialmente difícil, por el número y diversidad de los acogidos, 13 personas de muy distintas edades y procedencias: latinoamericanos, africanos, desde 18 a más de 50 años, familias y hombres o mujeres solos. Se necesitaban acompañantes **para el día y para la noche**, que se responsabilizaran de las distintas tareas, algo muy complicado de conseguir. Y también aquí el Señor actuó, esta vez a través de un chico -que hasta ese momento era Voluntario de noche- que se ofreció a confinarse con ellos el tiempo que fuese necesario. Trasladó allí su lugar de trabajo -que realiza telemáticamente- a la vez que acompaña, orienta, da clases, organiza las actividades, compras, comidas, tiempo de ocio... compartiendo su vida con estas personas.

Hasta aquí este “relato de esperanza”, uno más entre tantos que se están prodigando en medio de tanto dolor y tanta muerte. “A los pobres los tendréis siempre”, dijo Jesús. Y los tenemos, todos estamos experimentando la pobreza de alguna forma, pero los hay que la experimentan de modo más real y acuciante: sin techo, sin pan, sin trabajo, sin papeles, sin horizonte... Ojalá sepamos estar dispuestas en la medida en que podamos, a paliar estas necesidades y a ser signos del amor y el cuidado de Dios, con la oración lo primero, pero también mediante nuestra compañía y servicio, empezando por las hermanas que lo precisen y ampliando el círculo, así como con la escucha, dando aliento y ánimo, haciendo gestiones burocráticas, cuando sea necesario, en favor de personas que no tienen posibilidad, dando motivos de esperanza... Aunque sólo sea con el aplauso solidario desde los balcones o ventanas, si no se nos ocurre otra cosa...

Pero siempre con el corazón en lo que hagamos.

Mercedes Esquinas